

realización. Claro que si se realiza, el éxito es completo.

Hay algo muy censurado, precisamente por esta libertad que tiene el mundo de opinar, y es la presencia en la cátedra y en el mando de la Universidad, de gentes que ayer fueron insurrectos; a todo esto, quiero responder, porque es tan responsable el que formula la censura como el que la permite a pesar de creer en su injusticia, con unas palabras de Pedro Henríquez Ureña, sobre Héctor Ripa Alberdi. El estudiante insurrecto de 1918 había llegado a la cátedra desde 1922, pero no para transigir con ninguna forma de reacción, cuyo germen se esconde tantas veces en espíritus que temporal o parcialmente adoptan direcciones avanzadas, sino para combatir contra ella. En los espíritus de temple puro, ni la edad, ni el poder, ni la riqueza, ni los amores crean el temor a las ideas libres; antes reafirman la fe en los conceptos radicales de la verdad y el bien.

Estas palabras bien pueden aplicarse a Salvador Azuela, a Alejandro Gómez Arias, a Antonio Armendáriz y a otros a quienes no ha llegado la hora de nombrar.

No debo concluir sin aclarar que el fraude, la mentira, son aportaciones políticas. Lo digo con todo orgullo: son el más genuino producto de nuestra democracia. Miente el político porque sabe que el oyente se da cuenta de que está mintiendo. He dicho con toda intención mentira y no engaño. El engaño supone inocencia. Cuando un gobernante ofrece retirarse a la vida privada, vale decir que el país va a entrar a una era de instituciones, los habitantes ya saben que la magnanimidad o el santo amor a la patria los hará volver al poder, haciendo un sacrificio. Nadie puede llamarlos al cumplimiento de la palabra, es decir, a un terreno ético porque no asistirían. Ellos han prometido todo eso porque sabían que nadie iba a exigirles el cumplimiento. ¡Cómo si estaban platicando!

Andrés Henestrosa



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Persiflage

Urgencia de encender hogueras

— Colaboración directa —

Para don Juan Dávila, Director de la Escuela Normal, — maestro ejemplarmente modesto y laborioso, lleno de virtudes que con frecuencia me hacen recordar a Pestalozzi, — en homenaje grandemente merecido.

La enseñanza de la aritmética, en el mundo occidental, fue objetiva hasta el siglo dieciséis cuando la numeración hindú se hizo general. El entusiasmo que despertó la novedad de las cifras arábigas revolucionó los métodos; se abolió el uso del ábaco y de otros artefactos similares, reconociéndose que, empleándose los nuevos símbolos, la labor objetiva resultaba innecesaria para calcular. Se olvidó que para la enseñanza era esencial la objetividad, como base para comprender el niño qué es número. Esta verdad pasó desapercibida cosa de tres siglos, y si es cierto que la introducción de los números arábigos fué importante innovación aritmética, nunca fué cosa tan buena causa de retrogresión metodológica tan funesta. A pesar de contar con mejores instrumentos de trabajo, — los nuevos números, — la aritmética se volvió más mecánica que jamás lo había sido. A Pestalozzi le tocó hacer ver a los educadores el largo error que venían cometiendo.

La introducción de los números orientales impulsó a los pedagogos a llenar los textos de reglas para todas las operaciones, y los maestros fácilmente se dejaron llevar por esta corriente de mecanicismo. Convirtiéndose

el aprendizaje de la aritmética en sonsa definición de términos, en brutal memorización de reglas, y en torpe repetición de lo que el texto contenía. Durante los trescientos años anteriores a Pestalozzi a eso se rebajó la noble ciencia de la aritmética en las escuelas, y a eso, en gran parte, está reducida aún entre nosotros.

Y lo que digo de la aritmética es aplicable a todas las asignaturas de nuestros programas. No enseñamos a hablar, — ni mucho menos a escribir, — bien nuestro idioma, sino que recargamos inteligencias jóvenes con reglas de gramática. No enseñamos a leer con agrado y juicio y a adquirir el gusto de la literatura, sino que a la literatura la hacemos odiosa rodeándola de las necedades que menguados espíritus coleccionan en folletos que llaman de "preceptiva literaria". En los idiomas extranjeros los ejercicios de gramática y las eternas reglas vienen lo primero, o se enseñan al mismo tiempo que se quiere enseñar a hablar. En todo la forma la hemos antepuesto y sobrepuesto a la substancia, y el resultado es un tipo de escuela que, francamente, hace más daño que bien a la República. Somos, en la América Latina, el

país que, proporcionalmente a su riqueza y población, gasta más dinero público cada año en enseñar a sus juventudes: lo proclamamos con justo orgullo. Con modestia no menos justa digámonos a nosotros mismos que también somos los beocios del continente. Hay escuelas peores que escuela ninguna. Así es la nuestra. ¡Dios, cómo nos ha entorpecido! Estamos en exámenes. Hay que presenciarlos para darnos cuenta de por qué, como pueblo, carecemos de esa agilidad mental, de ese despejado entendimiento, de esa curiosidad inteligente, de esa felicidad de asimilación cerebral, que distingue a los demás pueblos de nuestra raza. La torpeza costarricense no la heredamos con la sangre: nos la impone la escuela. Cada nueva generación es más torpe que la anterior. He ahí porque los viejos mandan y se imponen.

En un examen de aritmética, en escuela primaria, he oído hoy estas preguntas y respuestas: *¿Qué es aritmética?* — La ciencia que trata de los números. *¿Cuáles son las operaciones de la aritmética?* — Son cuatro, a saber: sumar, restar, multiplicar y dividir. *¿Cómo se multiplica?* — Aprendiendo las tablas de multiplicar.

El examinado titubeó un poco, y se corrigió: Aplicando las tablas de multiplicar, dijo sonriente. Y los examinadores se miraron unos a otros y sonrieron también. ¡Qué viveza de niño!, parecían decirse. Pero eso no es viveza. Eso es estupidez. A esa criatura, nuestra malhechora escuela la está haciendo imbécil. ¡Y si cuando salga abogado lo llevan al Congreso!

Un alumno del Liceo, destacado estudiante de lo que allí llaman literatura, me habló, de dadaísmo y de Diego Rivera, cosas que me dejaron atónito. Me celebró la bondad de su profesor. Luego me confesó que no sabía, hasta decirselo yo, que *Repertorio Americano* existiese, y, después de leer dos números de nuestra gran revista, me dijo no entender los versos de Max Jiménez y parecerle *abominables* los grabados preciosos de Amighetti y las esculturas vigorosas de Sánchez. Por caridad no digo de quién son los versos que le agradan. Y lo que es cuando vea cualquiera de los formidables muros que Diego Rivera ha pintado, este joven que el Liceo está imbecilizando se va ir de . . . , como dicen en España.

En 1777 Christian Trapp comenzó a trabajar en métodos apropiados para la enseñanza de la aritmética, y en 1780 publicó su *Versuch einer Pädagogik*. En 1980 acordémosnos de celebrar ese segundo centenario. En esa obra Trapp expuso un sistema objetivo para enseñarles a los niños a sumar y a restar, empleando objetos para que aprendiesen números más bien que cifras. A esto seguía en su método la enseñanza de la multiplicación y de la división. Elaboró Trapp un sistema de cubos para explicar la relación entre la unidad y la decena, adelantándose a Ti-